

de Francia. Bandas de miserables, hombres, mujeres y niños fueron errantes de ciudad en ciudad; iban á libertar al rey, á conquistar Jerusalén. Pronto se convirtieron en hordas. Un jefe salió. ¿De dónde venía? Los contemporáneos no lo supieron: dicen que era un viejo de unos sesenta años, pálido, flaco, con lengua barba, que hablaba de una manera atrayente, en francés, en *tióis* (flamenco) y en latín; le llamaban el «Maestro de Hungría», y pasaba por tener muy guardada la carta de la Santa Virgen que le había confiado su misión. De Brabante, de Hainaut, de Flandes, de Picardía, una multitud de *pastoureaux* fué rodando en el espacio de algunas semanas hasta París, aumentada en su camino por vagabundos, ladrones y mujeres públicas. El pueblo de Francia, si se ha de creer al italiano Salimbene, estaba animado de los sentimientos más malévolos contra la Iglesia oficial que, después de haber recomendado la expedición de Egipto, abandonaba á los cruzados á su suerte. «Los franceses, dice Salimbene, blasfemaban en aquel tiempo: cuando los hermanos predicadores y los hermanos menores pedían limosna, la gente rechinaba los dientes y á la vista de los frailes daban á otros pobres, diciendo: «Toma esto en nombre de Mahomet, más poderoso que Cristo.» Es cierto que los *pastoureaux* que perseguían á los clérigos fueron al principio bien acogidos. Los burgueses de Amiéns, teniéndoles por «santas gentes,» les habían abastecido de víveres. Bajo los muros de París eran sesenta mil (1) con armas y banderas. Su jefe, escribía á sus hermanos de Oxford el *custos* de los franciscanos de París, bendice al pueblo, predica, distribuye cruces; ha inventado un nuevo bautismo, hace falsos milagros. A su llegada á París ha sido tanta la conmoción popular contra los clérigos, que en pocos días se ha matado, echado al agua ó herido á un gran número de ellos; un cura que decía la misa ha sido despojado de su casulla y se le ha coronado de rosas, por irrisión...» Se decía que el maestro de Hungría, recibido por la reina Blanca en Maubuisson, ó en otra residencia real de los alrededores, la había «encantado» de tal modo, que la reina y su consejo «tenían por bueno lo que hiciera.»

Al marchar de París, los *pastoureaux*, desvanecidos por su popularidad y su fuerza, se dividieron en varios grupos. Unos fueron á Ruán; penetraron en la catedral y en la casa arzobispal, de donde expulsaron á los clérigos. Otros, bajo la dirección del «Maestro,» hicieron su entrada triunfal en Orléans el 11 de junio; allí el Maestro predicó también; hubo un tumulto en que fueron muertos algunos clérigos de la Universidad; como en París, como en Ruán, como en Amiéns, los burgueses, que habían abierto las puertas de su ciudad á pesar de las observaciones del obispo, no se opusieron á los excesos. En Tours, los franciscanos y los dominicos tuvieron que sufrir mucho del furor de los *pastoureaux*, que les arrastraron á la calle medio desnudos, saquearon sus iglesias y rompieron, según parece, la nariz de una estatua de la Virgen. Entonces fué solamente cuando se consiguió persuadir á la reina que interviniera. Los clérigos referían cosas horribles del «Maestro de Hungría;» era un monje apóstata, un nigromante instruido en las escuelas de Toledo, que había prometido

(1) La expresión «sesenta mil» se empleó con frecuencia en la Edad media como sinónima de «muchos.»

al soldán de Egipto entregarle los pobres diablos que le seguían; había establecido la poligamia en su campamento. Era preciso deshacerse de un personaje tan peligroso. La empresa era fácil; los *pastoureaux* se dispersaban cada vez más; los había entonces en Normandía, en Anjou, en Bretaña, en Berri. Y ellos mismos se perdían: en Bourges, de donde los clérigos se habían retirado antes de su llegada, atacaron á los judíos y hasta á los habitantes. Se les echaron encima, y el Maestro de Hungría pereció en un combate cerca de Villeneuve-sur-Cher. Lo que quedaba de la horda fué en seguida acosado con ardor. Los *pastoureaux* huyeron en todas direcciones; se ahorcó á varios de ellos hasta en Aigues-Mortes, hasta en Burdeos, hasta en Inglaterra. «Se dice, prosigue el *custos* de los franciscanos de París, que tenían intención: 1.º, de destruir al clero; 2.º, de suprimir á los monjes; 3.º, de atacar á los caballeros y á los nobles á fin de que esta tierra, así privada de todos sus defensores, estuviese mejor preparada para los errores y para las invasiones de los paganos. Es esto verosímil, tanto más cuanto que una multitud de caballeros desconocidos, vestidos de blanco, acababan de aparecer en Alemania....» Mateo de París cuenta que en el equipaje de los *pastoureaux* que fueron cogidos y ejecutados en Gascuña, se encontraron venenos en polvo y cartas del soldán.

Como todos los movimientos del mismo género, que no eran raros en la Edad media, esta revuelta anticlerical no tuvo ninguna consecuencia.

#### CAPITULO IV

##### POLÍTICA EXTERIOR.—LA FRANCIA Y LOS PAÍSES VECINOS DE 1235 Á 1270

I. La Francia, el Pontificado y el Imperio hasta 1254. — II. Arbitrajes de Luis IX (Flandes, Inglaterra, etc.). — III. Luis IX y los reinos del Mediodía. — IV. La cuestión de Oriente.

Nos sentimos bastante inclinados á creer que, si Luis IX hubiese querido, hubiera podido aprovecharse de los apuros de sus vecinos para engrandecerse á expensas de los mismos; la Francia real ocupaba entonces el primer lugar en Europa; «el rey de Francia, dice el inglés Mateo de París, es el rey de los reyes» (*rex Francorum, qui terrestrium rex regum est*). Pero Luis no lo quiso. Al contrario, su programa fué mantener la paz entre los príncipes, ser árbitro en sus diferencias y conducirse con los extranjeros como un hombre de bien se conduce con el prójimo, de un modo conforme á la caridad y á la justicia. Su política exterior no tuvo más que un objeto: la reconciliación de todos los cristianos en vista de una cruzada unánime.

##### I.—La Francia, el Pontificado y el Imperio hasta 1254 (2)

En el momento en que Luis tomó en sus manos el gobierno del reino, la contienda secular del sacerdocio y del imperio se encontraba en una fase crítica. Por un lado Gregorio IX, por otro Federico II. Papa y emperador tenían un gran interés en procurarse el apoyo de

(2) FUENTES.—La mayor parte de los documentos diplomáticos del tiempo de Luis IX que no han perecido, han sido con-

Francia. Ambos sucesivamente empezaron á perseguir este objeto.

Las primeras gestiones en tal sentido procedieron del papa. Gregorio había excomulgado á Federico y pedido á los reinos de la cristiandad que le ayudaran contra su rival. En 1240 ofreció la corona de Alemania al duque Abel de Dinamarca, á Otón de Brunswick y á Roberto de Artois, hermano de Luis IX. Las negociaciones entabladas en Francia á este propósito por el legado, cardenal-obispo de Préneste, no dieron ningún resultado.

Mientras tanto, Gregorio había convocado en Roma un concilio general. En vano Federico II escribió á los reyes de Francia y de Inglaterra que no permitiría la reunión de dicho concilio; el legado celebró en Francia, en Meaux, un sínodo para exhortar á los obispos á seguirle allende los Alpes. Pero los caminos estaban guardados; el mar no estaba seguro; de modo que la mayor parte de los prelados franceses llegados á Marsella se volvieron á sus diócesis. Algunos, como los arzobispos de Ruán, de Burdeos y de Auch, los obispos de Carcasona y de Nimes, los abades de Cluni, del Cister, de Claraval y de Fécamp, se embarcaron en una flota genovesa que fué derrotada en alta mar, en 3 de mayo de 1241, por los pisanos al servicio del imperio, cayendo todos ellos en poder del emperador. En seguida que Luis IX tuvo noticia de su suerte, les hizo reclamar por el abad de Corbie y por uno de los caballeros de su casa, Gervasio de Escrennes. Y como Federico contestara que había usado del derecho de la guerra, el rey, según dicen, le replicó por medio de un requerimiento, cuyas últimas palabras eran las siguientes: «Nuestro reino no está debilitado hasta el punto de dejarse guiar por vos á espolazos (1).» Federico cedió.

En estos dos incidentes célebres de 1240 y 1241 se manifiesta claramente la política de que Luis IX no se apartó jamás: deferencia hacia la Santa Sede, buena voluntad con respecto al emperador, firme propósito de defender contra los dos beligerantes los derechos y los intereses de la corona de Francia.

La muerte de Celestino IV, sucesor de Gregorio IX, fué seguida de un largo interregno (2) que terminó con la elección de un hombre vigilante, valeroso, el genovés Sinibaldo Fieschi (Inocencio IV), en 25 de junio de 1243. En seguida comenzó entre Inocencio IV y la casa de Suabia una lucha encarnizada que duró once años.

servados por cronistas poco seguros, como Mateo de París, ó se han mezclado, en formularios de cartas como el de Pedro de las Viñas, con cartas imaginarias, con ejercicios de estilo, de los cuales no siempre es fácil distinguirlos. Criticar y fechar con precisión las piezas de la correspondencia de Luis IX con los príncipes extranjeros, es una tarea muy ardua que todavía no está concluida.

OBRAS DE CONSULTA.—E. Berger, *Saint-Louis et Innocent IV*, 1893. F. Rocquain, *La cour de Rome et l'esprit de réforme avant Luther*, tomo II, 1895.

(1) La autenticidad de este enfático requerimiento, inserto en el *Epistolarium* de Pedro de las Viñas (consúltese *Historiens de la France*, XX, 332), ha sido admitida por todos los historiadores; pero no está fuera de duda.

(2) La mayor parte de los historiadores citan aquí una carta virulenta que el rey de Francia hubiera escrito á la sazón para censurar la inercia del Sagrado Colegio y para prometerle su apoyo contra un príncipe (el emperador) «que quiere ser rey y sacerdote.» Esta carta, sobrecargada de adornos á la moda en las escuelas de los profesores de retórica epistolar (*dictatores*), no es indudablemente auténtica.

Después de las negociaciones confusas con el emperador, en las cuales sirvió de intermediario Raimundo VII de Tolosa, reconciliado con la Iglesia romana desde la paz de Lorris, el papa, desesperando de llegar á un arreglo duradero y no creyéndose seguro en los alrededores de Roma, huyó repentinamente á Génova en 28 de junio de 1244. No tardaron en aparecer en la corte de Inglaterra y en la corte de Francia unos enviados imperiales para prevenir á Enrique III y á Luis IX contra el fugitivo. Dichos enviados figuraban en el cortejo real en septiembre, cuando Luis IX, acompañado de su madre, de sus hermanos Roberto y Alfonso y de un séquito muy brillante, asistió en el monasterio



Sello del conde de Artois

del Cister al capítulo general de la orden cisterciense. Al decir de Mateo de París, «el papa había enviado á los miembros del capítulo una carta en la cual les inducía á suplicar á Luis IX que le defendiera contra los ataques del emperador, ese hijo de Satanás, y en caso necesario que le acogiera en Francia, como antes Luis VII había acogido á Alejandro III que huía delante de Barbarroja.» Quinientos abades y monjes, de rodillas y con las manos juntas, habrían suplicado al rey que atendiera la petición del pontífice. Pero Luis, arrodillándose á su vez, habría dado una contestación evasiva (3). Realmente, no se animó al papa para establecerse en el reino, puesto que se detuvo, en diciembre, en la ciudad imperial de Lyon, bastante cerca de Francia para disfrutar, en caso necesario, de su protección, pero fuera de sus límites.

Inocencio IV, instalado en Lyon, tomó la ofensiva. Anunció para el día de San Juan del año 1245 la celebración de un concilio ecuménico, que «estatuiría sobre el estado de la Tierra Santa, los socorros de que tenía necesidad el imperio latino de Oriente, la invasión de los tártaros y la lucha entre la Iglesia y el emperador (4).»

(3) Las escenas del Cister no son conocidas más que por el testimonio, muy sospechoso, de Mateo de París. E. Petit, *Saint Louis en Bourgogne*, en el *Bulletin de la Société des sciences... de P Yonne*, 1893, página 577.

(4) Al mismo tiempo renovaba la excomunión pronunciada contra Federico por Gregorio IX. Mateo de París, siempre hostil á la corte de Roma, cuenta que un sacerdote de París comentó así la sentencia, al notificarla á los fieles: «Escuchad todos: he recibido orden de pronunciar contra el emperador Federico, á la luz de los cirios y al sonido de las campanas, una sentencia solemne.



Los embajadores de Luis IX y de Enrique III asistieron á dicha asamblea. La sesión de apertura, que tuvo lugar el día 12 de junio en el refectorio del monasterio de San Justo, fué notable por un discurso del procurador de Federico II, Tadeo de Suessa, que ofreció, en nombre de su señor, confiar al arbitraje de los reyes de Francia y de Inglaterra la decisión de la disputa entre el imperio y la Iglesia. El papa rehusó. Según parece, habría dicho: «Rehuso porque si él (Federico) desnaturalizaba nuestros convenios, lo cual no dejará de hacer, me sería preciso proceder con rigor, no sólo contra él, sino que también contra los dos reyes, sus fiadores, y la Iglesia tendría así tres enemigos en vez de uno solo.» En 17 de julio, á pesar de las súplicas de los representantes de los príncipes, se confirmó la sentencia de excomunión, y se declaró á Federico destituido y privado de sus reinos en nombre de la Iglesia universal.

Condenación prevista. Los soberanos más adictos á la Santa Sede concedieron á la misma tan poca importancia, que no dejaron de tratar á Federico como rey y hasta como amigo. No cambió la fórmula al pie de los despachos dirigidos por Luis IX al emperador. No cambió tampoco cuando Federico II, protestando de la sentencia proferida en Lyon, envió una tras otra, al rey de Francia, á los barones de Francia y á todos los franceses, circulares vehementísimas. En la proclama á los franceses (1), el emperador, que comenta la máxima *Nam tua res agitur, paries cum proximus ardet*, acusa á los papas de pretender la supremacía en lo temporal y de usurpar las jurisdicciones reales: «Para poner fin á estos abusos ha enviado á Pedro de la Vigne y á Gualtero de Ocre, familiares suyos, cerca de su querido amigo Luis de Francia. Si el rey, ayudado de sus pares y de sus nobles, aceptando el oficio de árbitro, pudiese inducir al papa á reparar sus injusticias y principalmente á revocar lo que se había hecho en el concilio, el emperador, á su vez, se sometería á su decisión y daría á la Iglesia las satisfacciones oportunas...» Federico terminaba afirmando su adhesión á la causa de la cruzada.

Luis, que hasta entonces había permanecido reservado, hizo en aquella fecha una gestión: pidió al papa una entrevista. Y hacia fin de noviembre encontró á Inocencio IV en el monasterio de Cluni. Las conferencias, que duraron siete días, fueron absolutamente secretas: sólo tomaron parte en las mismas el papa, el rey y la reina Blanca. Es probable que se tratara entre estos tres personajes de la cruzada y de los obstáculos que se oponían á la misma: la guerra entre Francia é Inglaterra; la contienda entre el papa y el emperador, y el casamiento de Beatriz, la heredera del condado de Provenza. Hasta es cierto que se tomaron acuerdos en Cluni con motivo del casamiento provenzal, porque Luis IX, inmediatamente después de la entrevista, intervino abiertamente en los asuntos de Provenza; uno de los pretendientes á la mano de Beatriz, Jaime, rey de Aragón,

Ignoro la causa, pero lo que no ignoro es el odio inexorable que divide á los dos adversarios. Sé también que uno de ellos causa agravios al otro, pero no sé cuál es de los dos; al primero le excomulgó, y absuelvo á aquel que sufre la injuria, tan funesta á la cristiandad.»

(1) Cremona, 22 de septiembre de 1245, en Teulet, *Layettes du Trésor des Chartes*, II, número 3.380.

fué descartado por la fuerza, y Carlos de Anjou, el hijo menor de Blanca de Castilla, casó con Beatriz á las mismas barbas del tercer candidato, Raimundo VII de Tolosa. Inocencio IV favoreció con todo su poder esta combinación que entregaba definitivamente la Provenza, tierra del imperio, á la influencia francesa. No es de creer que hubiera obrado así sin motivo. La dispensa pontificia que autorizó la unión de Carlos y Beatriz fué sin duda el premio de las seguridades que Blanca de Castilla y el rey dieron al papa desterrado.

Luis IX estaba ya en esa época dominado por la idea del viaje á ultramar; instó, sin duda, á Inocencio IV en Cluni, para que le ayudara á reunir los hombres y el dinero necesarios á la liberación de Jerusalén. Inocencio lo prometió; pero probablemente hubiera dicho, como Enrique III: «El rey de Francia toma la cruz; mas yo tengo otros enemigos.» ¿Cómo pensar en Jerusalén cuando Italia estaba en poder del nuevo Satanás? El concilio de Lyon había decretado establecer subsidios sobre el clero, destinados á la cruzada de la Tierra Santa; el papa se ocupó en facilitar la cobranza de estas cantidades; pero no pudo resolverse á sacrificar á la cruzada del rey de Francia la cruzada que hacía predicar fuera de Francia contra el emperador. En 5 de julio de 1246 escribía á su legado Eudo de Châteauroux: «Haced interrumpir en Alemania la predicación para la expedición á Tierra Santa; pero tened secreta esta orden, no la reveléis á nadie.» Más tarde conmutó los votos de los caballeros frisonos que debían marchar á Siria, con la condición de que combatirían en el ejército del rey de Holanda, el anticésar y amigo del papa, contra Federico II.

La entrevista de Cluni no trajo, pues, la pacificación, como quizás el rey lo había esperado. Al contrario, el año 1246 se señaló por la recrudescencia del conflicto. Los dos enemigos se dirigieron mutuamente, y con más vehemencia que nunca, injurias y anatemas. «Los clérigos, engordados con las limosnas de nuestros ascendientes, escribía Federico á los reyes, oprimen á los descendientes de sus bienhechores; hijos de nuestros súbditos, olvidan la condición de sus padres y no respetan ni á emperador ni rey, desde el momento que se les ha conferido la dignidad apostólica... No vayáis á figuraros que la majestad de nuestra grandeza se doblegue bajo el peso de la sentencia pontificia. En la pureza de nuestra conciencia, y con la ayuda de Dios, hemos tenido siempre la firme intención de conseguir que los clérigos de toda jerarquía, y en especial los más elevados, vuelvan á ser lo que eran en la Iglesia primitiva, á vivir como apóstoles, á imitar la humildad del Señor...» A lo cual el papa replicó con la bula *Agni sponsa nobilis*, que exhortaba á los príncipes á vengar los oprobios hechos á la Iglesia.

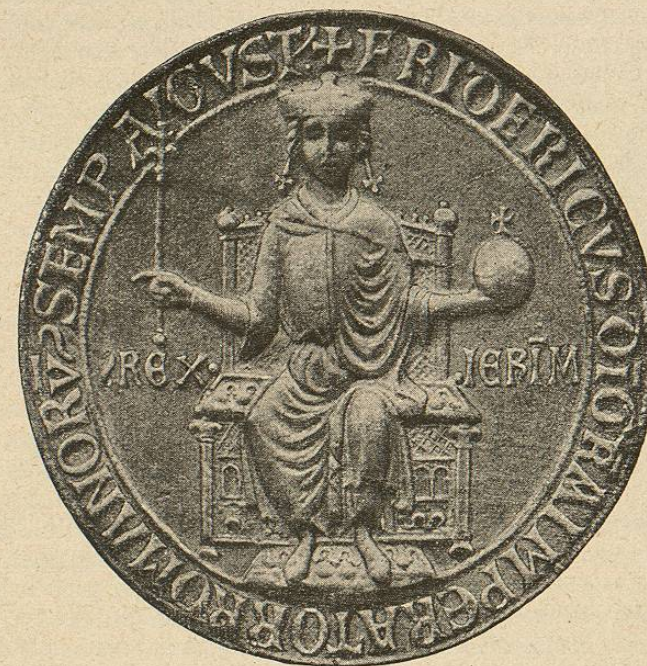
No parece que Luis se conmoviera por esas declamaciones. En otoño ofreció otra vez su mediación, que el papa declinó cortésmente, prometiendo «conservar en sus relaciones con el emperador la moderación y la benevolencia que fueran compatibles con la voluntad de Dios y el honor de la Santa Sede.» Después Luis IX pidió á Federico II que facilitara los aprovisionamientos de la futura cruzada en Sicilia; y como el excomulgado se apresuró naturalmente á ofrecerle sus servicios, el rey le dió las gracias en una carta afectuosa en la

que le llamaba su «muy excelente y muy querido amigo, el emperador siempre augusto, rey de Sicilia y de Jerusalén.» Federico había escrito haciendo alusión al fracaso de la última tentativa de Luis cerca de la corte pontificia: «Unidos por la misma injuria, asociémonos para mantener nuestra dignidad y nuestros derechos.» Sobre este punto el rey respondió de viva voz al enviado imperial; no se sabe lo que le dijo.

La retórica anticlerical de Federico, que no excitó gran cosa, á lo que parece, la indignación de San Luis, no dejó de producir su efecto entre los barones, siempre

Federico II no previó, ciertamente, que tropezaría, antes de entrar en Lyon, con la oposición de Luis IX. Estaba tan persuadido de que los franceses eran adictos á su causa, que tuvo el cuidado de informar al rey de su proyecto é invitó á Hugo de Châtillon, conde de Saint-Pol, uno de los cuatro jefes de la liga de los barones de Francia, á que se le uniera con un contingente de caballeros y de hombres de armas. En Italia se creía que los franceses iban á ayudarle.

Mientras tanto, Luis IX estaba con Blanca de Castilla en el monasterio de Pontigni, para asistir á la tras-



Sello del emperador Federico II, como rey de Jerusalén

muy animados contra el clero. Hemos visto que algunos de los principales barones del reino se ligaron, en noviembre de 1242, contra la Iglesia. Pues bien; el manifiesto de la liga reproduce casi textualmente los términos de las circulares imperiales. En él se dice que Carlomagno y sus sucesores fundaron la Iglesia de Francia; que los clérigos que juzgan á aquellos de quienes eran siervos sus padres, deben ser reducidos al estado de la Iglesia primitiva, á la pobreza, á la práctica de las virtudes contemplativas, á fin de que hagan ver nuevamente al siglo los milagros de que está privado, etcétera. Este manifiesto asustó á mucha gente, dice Mateo de París, «y se creyó que procedía de Federico.» Los ligeros estaban en correspondencia con el emperador, quien en la primavera de 1247 les informaba de los progresos de sus negociaciones con el rey. En aquel mismo tiempo, el rey y la Iglesia gálica hacían presentar á Inocencio IV enérgicas reclamaciones (1). Tales eran los asaltos que la Santa Sede debía sostener del lado de Francia en el momento en que el emperador, envalentonado por la alianza de los delphinenses, de los saboyardos y de los piemonteses, concibió el designio de pasar los Alpes y de capturar en Lyon á su adversario acorralado.

(1) Véase más arriba, pág. 217.

lación de las reliquias de San Edmundo. Los cardenales de Albano y de Túsculum fueron allí á verle de parte de Inocencio IV. Es verosímil que obtuvieran de él la promesa de defender al papa por las armas en caso necesario. En 17 de junio Inocencio se deshizo en efusiones de agradecimiento. Algunos días más tarde se supo que el emperador, llamado á Italia por una revuelta de los parmesanos, renunciaba á la expedición proyectada. Se había salvado la Santa Sede. Federico ignoró, ó fingió ignorar, que si Parma hubiese sido fiel y él hubiese marchado sobre Lyon, el ejército de Francia estaba pronto á cerrarle el paso.

Luis IX, que mantenía escrupulosamente la balanza igual entre los dos adversarios, decidió mientras tanto partir hacia Oriente sin esperar á que en Occidente estuviese restablecida la tranquilidad. Con gran despecho de los pisanos y del emperador, se dirigió, para el transporte, á la ciudad guelfa de Génova. El 12 de julio de 1248 cogió el oriflama en Saint-Denis. Algún tiempo antes, en la primavera, había recibido al hermano Juan del Plan Carpin, célebre misionero encargado por el papa de una misión confidencial; y puesto ya en camino, fué alcanzado por unos plenipotenciarios de Federico, cuyos asuntos iban de capa caída en Italia y en Alemania. Pero estas últimas negociaciones fracasaron como las otras. La entrevista de Luis IX y de Inocen-



cio IV en Lyon, secreta como la de Cluni, tampoco dió ningún resultado. Después de la partida del rey, el papa se alabó de haber sido inflexible, y Federico escribió al rey de Inglaterra que sentía haber solicitado la paz.

Cuando se supo en Europa la derrota del rey de Francia en Egipto y su cautividad, Inocencio IV y Federico II se acusaron mutuamente de haber causado estas desgracias. Unos decían que Federico II era desde entonces la última esperanza de los cruzados; otros decían que les habría hecho traición. Los condes de Poitiers y de Anjou, que volvieron de Palestina en el verano de 1250, habían, según Mateo de París, intimado brutalmente al papa que se entendiera al fin con el emperador para ir en auxilio de la Tierra Santa, bajo pena, si se obstinaba, de ser expulsado de Lyon. Las cosas se encontraban en tal estado cuando Federico II murió en 13 de diciembre de 1250. Este acontecimiento imprevisto, que abría de nuevo á Inocencio las puertas de Italia, modificó en seguida su actitud. Ya no necesitaba á Francia; y él, que antes había solicitado la entrevista de Cluni, contestó con excusas á Blanca de Castilla, convaleciente, que expresaba el deseo de volverle á ver; tenía «prisa;» «temía que el viaje causara una recaída á la reina;» y por gracia especial autorizaba al obispo de París para absolverla del pecado que había cometido manteniendo, hasta poco tiempo atrás, relaciones con Federico excomulgado.

La indignación fué viva en Francia, donde se habían sentido profundamente las desgracias de la cruzada de Egipto, cuando se demostró que el papa, á pesar de la muerte del emperador, no quería ceder en su actitud. Federico II había dejado un hijo legítimo, Conrado IV, y un bastardo, Manfredo. Sus partidarios estaban abatidos, no destruidos. Inocencio continuó haciendo predicar la cruzada contra los gibelinos en detrimento de la de ultramar. Si hemos de dar crédito á lo que afirma Mateo de París, Blanca de Castilla, aconsejada por los barones, hizo embargar las tierras de los franceses cruzados contra el imperio, diciendo: «Aquellos que combatan en favor del papa, que se hagan mantener por el papa.» Se estaba ya cansado de las contiendas interminables de la Santa Sede, y ya no se quería mezclarse más en ellas. Cuando Inocencio, para echar á Manfredo de la Italia meridional, ofreció simultáneamente la corona de Sicilia á Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, y á Carlos de Cornuailles, hermano de Enrique III, sufrió en Francia y en Inglaterra un doble fracaso. Se tentó la ambición del conde de Anjou; discutió éste las condiciones del papa; pero sus familiares consiguieron apartarle de esta aventura, y en otoño de 1253 rehusó provisionalmente.

Inocencio IV murió en Nápoles, en diciembre de 1254, el mismo año del regreso de Luis IX.

## II.—Arbitrajes de Luis IX (Flandes, Inglaterra, etc.)

Antes de la cruzada de Egipto, Luis IX había tenido ocasión de interponerse para la conservación de la paz, no sólo entre Inocencio IV y Federico II, sino que también entre los pretendientes á la sucesión de Flandes y de Hainaut (1).

(1) C. Duvié, *La querelle des d'Avesnes et des Dampierre*, 1894, H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, 1900, página 230.

Balduino, conde de Flandes y de Hainaut, había dejado dos hijas: Juana y Margarita. Juana, la mayor, que le sucedió, casó sucesivamente con Fernando de Portugal y con Tomás de Saboya; Margarita se unió en 1212 con Bouchard de Avesnes, caballero de Hainaut, de una edad madura, del cual tuvo dos hijos, Juan y Balduino, antes de cumplir los quince años. Enemistado con su suegra, acusado de que en su juventud había sido ordenado de diácono, Bouchard de Avesnes dejó á su mujer, después de haber vivido con ella por espacio de seis años en el castillo de Houffalize, para ir á defender en la curia de Roma la validez de su casamiento. Pero los ausentes, como se acostumbra á decir, siempre tienen culpa; Margarita, desde que se separó de Bouchard, le olvidó; se reconcilió con Juana, y sin esperar la sentencia pontificia que Bouchard seguía reclamando, casó en 1223 con un segundón de Champaña, Guillermo de Dampierre, de quien tuvo tres hijos y dos hijas. Después, uno tras otro, murieron Guillermo de Dampierre, Bouchard de Avesnes y la condesa Juana. En diciembre de 1244, Margarita llegó á ser la condesa de Flandes, por derecho de sucesión. Pero ¿qué ocurriría después de ella? Los Avesnes, hijos del primer matrimonio, estaban en posesión del derecho de primogenitura; los Dampierre, nacidos del segundo matrimonio, se titulaban los únicos legítimos. Unos y otros pretendían intervenir en la ceremonia de los homenajes que su madre debía prestar al rey de Francia y, por la Flandes imperial, al emperador. Los de Avesnes tenían en su favor el Hainaut, y los Dampierre, Flandes. Era la guerra en perspectiva. Las dos partes, que litigaban en Roma hacía mucho tiempo, convinieron, hacia la época de la entrevista de Cluni (1246), en abandonar la instancia canónica y someter al juicio arbitral su contienda sobre la atribución de los bienes. Luis IX y el legado Eudo de Château-roux, árbitros designados, adjudicaron la Flandes con sus dependencias á Guillermo, primogénito de los Dampierre, y el Hainaut á Juan, primogénito de los de Avesnes: solución bastante equitativa y al mismo tiempo conforme á los intereses del reino.

Juan de Avesnes se sometió de mala gana al fallo arbitral. En septiembre de 1246 casó con Alix de Holanda, hermana de aquel Guillermo de Holanda que el partido de Inocencio IV había opuesto á Federico II en Alemania. Por otra parte, obtuvo del papa en 17 de abril de 1251, y después de información canónica, la declaración oficial de su legitimidad. Pero si era hijo legítimo, ¿no caducaba, después de esta declaración, la sentencia arbitral pronunciada cuando su estado civil era incierto? Como la condesa Margarita había investido, en concepto de anticipo de herencia, á su hijo Guillermo (que pereció en 1251 en un torneo) y después á su hijo Guido con el título de conde de Flandes, Juan de Avesnes pretendió tomar por su parte el título de conde de Hainaut, lo cual le fué denegado. En julio de 1252, el rey de los romanos Guillermo de Holanda, que estaba reñido con Margarita, proclamó su destitución de los feudos que tenía en el imperio y dió la investidura de los mismos á Juan de Avesnes. La guerra estalló cuando Luis IX estaba en la Tierra Santa. En 4 de julio de 1253 un fuerte ejército de flamencos y de franceses fué destruido en West-Capel, en la isla de Walcheren, por el hermano del rey Guillermo, Floren-

te de Holanda; Guido y Juan de Dampierre cayeron en poder del vencedor.

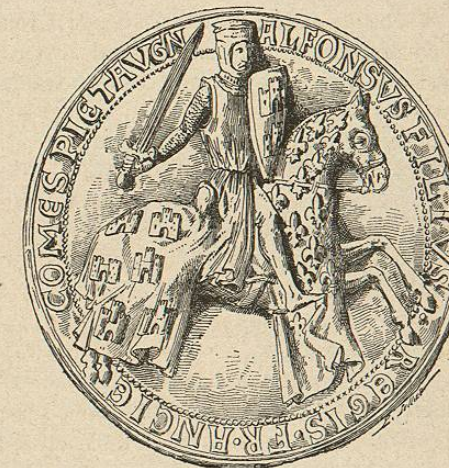
Estos acontecimientos y los que siguieron eran de tal índole que debieron conmover al rey, quien los supo en el interior de la Palestina. Margarita se dejó llevar por el odio furioso que tenía contra sus primogénitos, hasta el punto de ofrecer el condado de Hainaut y la guarda de su feudo de Flandes al hermano menor del rey de Francia, Carlos de Anjou, de quien se sabía que era activo y que iba en busca de una situación ventajosa. Carlos de Anjou, que acababa de rehusar con sentimiento el reino de Sicilia, aceptó la proposición de Margarita. Dueño de Valenciennes, maniobró durante el verano de 1254 alrededor de esta villa y frente al rey de los romanos, jefe del partido contrario; pero no se batieron. Una tregua, concertada en 26 de julio, dejó á Carlos en posesión de la mayor parte del condado, ocupada por los suyos. Entonces fué cuando volvió Luis IX. Mateo de París afirma que el estado de los asuntos en Flandes fué uno de los motivos que apresuraron su regreso.

Marchó á Gante en 1255, y su presencia restableció el orden. Desde luego Carlos de Anjou, que muy probablemente debió ser amonestado, se abstuvo en adelante de aparecer en Hainaut. Habiendo sido muerto Guillermo de Holanda en el país de los frisones, Juan de Avesnes se resignó á someterse por segunda vez al arbitraje del rey de Francia. La sentencia de Péronne, de 24 de septiembre de 1256, le impuso la humillación de prestar homenaje á Carlos y de ver que se quitaba del Hainaut, para unirla á Flandes, una parte de sus dependencias: Crèvecoeur, Arleux, etc. Margarita debía pagar al conde de Anjou, por sus molestias, una fuerte cantidad y se juraría una paz perpetua entre los miembros de la familia. De este modo quedó arreglado amistosamente un conflicto que amenazaba desolar los Países Bajos (1).

Otras desavenencias reclamaron la atención del rey á su vuelta de la Tierra Santa. La sucesión de Navarra estaba también en litigio. Thibaut IV, conde de Champaña y rey de Navarra, que murió en julio de 1253, había dejado varios hijos de sus dos últimos matrimonios. Blanca, la hija que tuvo de Inés de Beaujeu, su segunda esposa, había casado con el conde de Bretaña. De Margarita de Borbón, su tercera mujer, había tenido tres hijos y dos hijas; el mayor de estos hijos, Thibaut V, veía disputados sus derechos por su cuñado de Bretaña, marido de su hermanastra. «El rey de Navarra, dice Joinville, vino al parlamento con su consejo, y el conde de Bretaña también. En ese parlamento el rey Thibaut pidió á madama Isabel, la hija del rey de Francia, para casarse con ella. «Id, me dijo el rey, haced vuestras paces con el conde de Bretaña y después haremos nuestro casamiento.» Y añadió que no quería

(1) Se ha dicho que Luis IX reportó algún beneficio de este arbitraje. Algunos historiadores belgas han hecho constar con amargura que «el efecto inmediato del desmembramiento,» consiguiente á las sentencias de 1246 y 1256, «fué debilitar el poder de los condes en provecho de la política de expansión de Francia y de los ambiciosos designios de sus reyes, uno de los cuales, Felipe Augusto, se había asegurado Tournai en 1187; y otro de ellos, San Luis, se adjudicaba derechos sobre el Namurois y sobre las tierras del imperio, esperando que un tercero, Felipe el Hermoso, reivindicara Valenciennes...» (C. Duvié, obra citada, I, 308.)

que se dijera que casaba á sus hijos desheredando á sus barones. Referí estas palabras á la reina Margarita (de Navarra) y á su hijo, y se apresuraron á hacer la paz. Después de lo cual el rey de Navarra dió su hija al rey Thibaut.» Luis IX reconcilió también al conde de Chalón con el conde de Borgoña; al conde de Bar con Enrique de Luxemburgo y con el duque de Lorena; al delfín Guigues VII con Carlos de Anjou, conde de Provenza, y con Felipe de Saboya... «De lo que resultó, declara Joinville, que los borgoñones y los loreneses, á quienes había pacificado, le amaban y le obedecían tanto, que los vi recurrir á él para que fallara litigios que sostenían entre sí.» Su justicia y su desinte-



Sello del conde de Poitiers

rés le habían hecho el mediador ordinario de los príncipes del imperio, y la Francia salió beneficiosa con la autoridad moral que él adquirió así sin ningún esfuerzo.

De todas las sentencias arbitrales que pronunció, no hubo ninguna que hiciera tanto ruido como el fallo de Amiens, destinado á resolver la cuestión entre Enrique III, rey de Inglaterra, y los barones ingleses. Por lo demás, toda la historia de las relaciones de Francia con Inglaterra durante el reinado de Luis IX es muy característica de la actitud que el rey había adoptado con respecto á sus vecinos (2).

Enrique III se había esforzado desde el principio, según hemos visto, en reconquistar las provincias que Felipe Augusto había quitado á su padre, el rey Juan; pero después del fracaso de la coalición de 1242 con los señores de Poitou, había permanecido tranquilo ó poco menos. Se había renovado la tregua concertada en 1243. Tal situación no era la paz ni la guerra. Ahora bien: Luis IX, desde su regreso, deseó que se hiciera un tratado definitivo; en primer lugar porque amaba, veneraba á Enrique III á causa de su piedad ejemplar; y en segundo término porque amaba la paz. Así cuando Enrique III le pidió, en 1254, permiso para atravesar el reino con objeto de ir de Gascuña á Inglaterra, consintió diligentemente y fué en busca de su huésped hasta Chartres. Mateo de París, que fuerza la nota, según su costumbre, dice que hizo á Enrique, suspirando, *suspirans, voce demissa*, confidencias sobre el orgullo de

(2) C. Bémont, *Simon de Montfort comte de Leicester*, 1884; M. Gavriloitch, *Etude sur le traité de Paris de 1259*, 1899.